

Autostop fúnebre

¿Cuánto tiempo hacía que esperabas? A un lado de la carretera, sentado sobre tu mochila de estudiante, con un descolorido anorak y tu vieja boina, bajo una tenue llovizna, en esa tarde tan lejana. No había pasado ningún auto desde el mediodía, cuando el dueño de un coche te dejó allá en la encrucijada, a diez minutos de marcha. No se veía a nadie en los campos vecinos, separados por hileras de álamos. Había sido un error, por lo visto, aventurarte por esa vía secundaria.

Hacía una semana que habías salido de París, en viaje que te llevaría por la región picarda, y que tendría su momento culminante con la visita a la catedral de Amiens. Su imagen se añadiría, diferente mas también de algún modo gemela, a las de Saint-Denis, Reims, Notre-Dame. Habías optado por el autostop, por entonces muy en boga, resignándote por anticipado a su lentitud, a sus azares. Sería como un retorno a la época en que el gótico florecía en Europa. Un peregrinaje en autostop. ¿Por qué no?

Comenzó a atardecer y te preguntaste cómo te protegerías, si la espera duraba, de la garúa y de la niebla, y cómo llegarías, de ser necesario, al poblado más cercano. De súbito apareció a lo lejos un vehículo. Un punto oscuro que lentamente se fue acercando. Parecía ser una camioneta de esas antiguas que todavía se ven en los pueblos. Esperanzado, te pusiste de pie. Poco a poco pudiste distinguir mejor los cromos, los faros de bronce, la carrocería negra. Y al chofer, erguido en su asiento. ¡Había sitio para ti!

Levantaste la mano con gesto apremiante. Pero, ¿es que no te veía?
¿Por qué no disminuía la marcha?

—¡Señor...!

Pasó el carro y viste entonces con espanto que no era uno cualquiera. No, por cierto, sino un furgón fúnebre. Sentiste un estremecimiento. ¡Una carroza en la soledad de esa vía lluviosa! Pero de inmediato tu horror se trocó en alivio porque la muerte había pasado delante de ti, en su carruaje de crespones, y no te había escuchado. Allá se alejaba, impasible. Todavía eran tuyos, pues, los caminos del mundo. Nada importaban, entonces, la humedad, la neblina, la espera. Al cabo de esa tarde, o en todo caso al día siguiente, estarías en Amiens. Te echaste a reír, nervioso. Y cuando más tarde surgió de la bruma un granjero compasivo, que te invitó a subir a su camioncillo, le dijiste, con gran sorpresa de su parte: —Señor, ¡qué hermosa es la vida!